

"¿Qué pretenden los responsables de la política artística, salvar el Prado o salvar la cara?". La pregunta fue formulada por un asistente al coloquio que sobre el tema "Presente y futuro del Museo del Prado", se celebraba en la Asociación Española de Mujeres Universitarias. Constituían la mesa de la presidencia el crítico de arte José María Ballester, el profesor de Historia del Arte y antiguo director del Museo de Sevilla Antonio Bonet Correa, el ingeniero de Caminos José Antonio Fernández Ordóñez y el arquitecto Miguel Fisac. Actuaba como moderadora la presidenta de la Asociación, Jimena Alonso. El tema del Museo del Prado ha saltado a la actualidad en los últimos tiempos gracias a informaciones y artículos aparecidos en la prensa sobre los gravísimos problemas que afectan a nuestra primera pinacoteca en lo referente a la falta de medios para combatir la polución atmosférica que está dañando seriamente las obras que el Prado contiene, a la falta de un adecuado personal de conservación y vigilancia del museo, etcétera. Según se dijo la otra tarde en el coloquio, estas informaciones de prensa dieron motivo de preocupación en "altas esferas" del gobierno del país. Manifestada esta inquietud a las autoridades de Bellas Artes con preguntas que podrían traducirse popularmente por "¿Qué es esta broma de que hablan los periódicos a propósito del Prado?", estas autoridades artísticas prepararon apresuradamente un proyecto para la ampliación y modernización de las instalaciones del museo, que hace algunas semanas fue aprobado por el Consejo de Ministros.

El crítico José María Ballester, que fue el primero de los miembros de la mesa en hacer uso de la palabra, expuso el estado de la cuestión. Comenzó diciendo que en diciembre de 1971, como consecuencia de una campaña de prensa sobre este tema, el Ministerio de Educación y Ciencia creó una comisión para preparar la modernización del Prado. En verano de 1972 se expusieron los planos del proyecto, que fue mal acogido en general, sobre todo en relación con el plan de comunicar el Prado con la iglesia de los Jerónimos, utilizando esta iglesia para ampliar el museo. Ballester dijo que, como tantas veces sucede en nuestro país, las autoridades debieron pensar que con crear una comisión y exponer unos proyectos quedaba el problema resuelto. Lo cierto, añadió, es que no volvieron a acordarse del asunto hasta que, con motivo de los recientes acontecimientos, crearon una nueva comisión y presentaron un nuevo proyecto, el aprobado por el Consejo de Ministros, que consiste en construir un cuerpo de edificio adosado al museo por la parte de atrás. Cuando alguien manifestó la preocupación de que este nuevo edificio pudiera afear la obra del arquitecto Villanueva, constructor del museo, las autoridades dijeron, muy a la española, que el edificio proyectado "no se verá por delante". Sin consultar a nadie sobre el proyecto, dijo Ballester, se ha procedido a construir una valla y nadie sabe lo que están haciendo dentro. Según se ha dicho, se van a hacer dos sótanos, con una distribución verdaderamente asombrosa: el primero, para aparcamiento y almacenes. Y, debajo del aparcamiento, es decir, en el segundo sótano, estarán los talleres de restauración de obras de arte.

"Voy a hablar del Prado como propietario", dijo el arquitecto Miguel Fisac. "Soy propietario del Prado y como es mío y de un valor incalculable, no puedo perdonar que se lo carguen". La intervención de Fisac fue quizá la más apasionada de todas, a pesar de que tenía a su cargo hablar de los aspectos técnicos de la cuestión. Preguntó si el aparcamiento proyectado en el sótano del nuevo edificio era una forma de combatir la polución atmosférica y

silla de pista

EL COLOQUIO DEL MUSEO DEL PRADO

dijo que, en las reformas que se proponen hacer, los verdaderos problemas del Prado se citan simplemente como cosas secundarias. Los efectos de la contaminación, que es intensísima en la zona de Madrid donde está situado el museo, han comenzado a dañar ya gravemente algunas de las obras. Se observan grietas y descascarillados en "El Jardín de las Delicias", del Bosco, y lo mismo sucede con los Ribera de la sala central, con los Goya y con otros cuadros, y un análisis detenido de los cuadros del museo evidenciaría, sin duda, una situación alarmante. No hay ningún sistema de filtrado del aire, y la ventilación se realiza abriendo las ventanas, con lo que el interior del museo está tan contaminado como el Paseo del Prado. "El museo no está a la intemperie, pero la intemperie está dentro del museo", añadió Fisac. Por otra parte, ha aumentado en estos años de una forma extraordinaria el número de visitantes, lo que significa otro factor de contaminación. La luz natural sin filtro de ninguna clase, así como la rudimentaria instalación eléctrica, hacen que muchas de las obras estén expuestas a los rayos ultravioleta. Fisac terminó su intervención diciendo que, siendo el Prado patrimonio común de los españoles, "todos tenemos obligación de tomarnos interés por ese patrimonio, tanto si les molesta como si no les molesta a los responsables". "No es solvente lo que están haciendo —añadió—, ellos no son solventes, porque lo solvente no es ahora construir nuevos edificios con vistas a inauguraciones triunfalistas, sino acondicionar el edificio actual de modo que permita la conservación de las obras que el museo contiene".

Esta idea de Fisac, en la que insistieron los demás ponentes, fue el leit-motiv del coloquio de la otra tarde. Uno de los que tomaron la palabra dijo que la razón por la cual los responsables de las Bellas Artes no habían emprendido la humilde labor de acondicionamiento del museo y se habían lanzado a hacer nuevas construcciones con aparcamientos y otras dependencias era simplemente la de que esas nuevas construcciones permiten una inauguración en regla, con corte de cinta y asistencia de personalidades, lo que no es posible en caso de simples mejoras técnicas de lo que ya existe.

El profesor Bonet habló de los aspectos museológicos del tema. Dijo que él era un museólogo frustrado porque, habiendo estudiado esta ciencia en el extranjero, no había tenido ocasión de desarrollar sus conocimientos en España. "Yo abandoné la dirección del Museo de Sevilla precisamente por discrepancias con las ideas museológicas de la Dirección Gene-

ral de Bellas Artes", afirmó. Hizo Bonet una denuncia de la intensiva explotación a que se somete al Museo del Prado desde el punto de vista pecuniario, mientras no se explota debidamente para la enseñanza ni para la convivencia, que son funciones esenciales en la moderna concepción del museo. Hizo una lista exhaustiva de los fallos del Prado que apenas es posible enumerar aquí: falta de catálogos e inventarios ("No se sabe a ciencia cierta lo que tenemos en el museo"), falta de personal adecuado para la vigilancia, falta de especialistas, ausencia de un boletín o publicación que refleje la vida del museo, falta de una política coherente de nuevas adquisiciones, falta de guías especializados, estando este aspecto en manos de gente sin preparación que "arrebataban al turista" y que llegan a increpar a los profesores universitarios que van al museo con sus alumnos; falta de una adecuada biblioteca, pues los libros están amontonados y no hay bibliotecario, de modo que toda la orientación bibliográfica que allí se da es que el portero le diga a uno: "Mire por ahí a ver si encuentra lo que busca". Denunció Bonet, además, el hecho de que las obras de arte sean enviadas a menudo a viajar alegremente sin las debidas garantías e insistió en los aspectos de la polución causada por la falta de filtros y por la masiva afluencia de visitantes, que se podría paliar encerrando las obras tras cristaleras de protección. Dijo Bonet, resumiendo su intervención, que "estamos asistiendo a una degradación de la obra de arte", y abundó en la necesidad de que se hagan las necesarias reformas en el viejo edificio antes de lanzarse a aventuras de nuevas construcciones.

"Lo que yo le pediría a este gobierno tan conservador que tenemos, comenzó diciendo Fernández Ordóñez, es que conserve y defienda el Museo del Prado". Fernández Ordóñez fue uno de los ingenieros proyectistas del llamado puente de la Castellana, bajo el cual se instaló un museo de arte contemporáneo que provocó, en su día, una gran polémica en torno a la colocación de la escultura de Chillida suspendida del puente. Pero Fernández Ordóñez dijo que comparecía a este coloquio como hombre de la calle y discrepó entonces como tal del punto de vista de Fisac de que los españoles éramos propietarios del Prado, porque, aunque fuera en rigor así, "yo veo cosas que me hacen pensar que no se cuenta con nosotros como propietarios". Dijo que en las medidas tomadas por la Dirección General veía él la típica solución por decreto, e insistió en la idea ya expresada por los otros ponentes de que lo necesario y urgente es arreglar ahora adecuadamente el viejo edificio. El coloquio fue animadísimo, siempre en torno a las triunfalistas reformas proyectadas por los responsables de las Bellas Artes en un plan de urgencia que uno de los coloquiantes calificó de "rigodón histórico". José María Ballester resumió lo que se había hablado diciendo que la conclusión del coloquio era la necesidad de "arreglar lo mejor posible lo que tenemos" y mostrar la oposición a las obras de ampliación proyectadas. Fisac contó una anécdota que hizo las delicias de los asistentes. Dijo que, hace unas semanas, había sido llamado en compañía de otras personas a tomar parte en una conversación sobre el tema del Museo del Prado ante las cámaras de Televisión Española. El programa se grabó en los estudios, pero, finalmente, no apareció en pantalla. La explicación que le dieron en TVE fue de que no se hubiera dado el programa —dijo Fisac, provocando una carcajada en la sala—, fue la de que "lo que él había propuesto ante las cámaras ya lo iban a hacer las autoridades de Bellas Artes". ■ LUIS CARANDELL.